
ORIGEN É IMPORTANCIA DE LA ESCRITURA.

SRITA. DIRECTORA.—SEÑORES.—QUERIDAS COMPAÑERAS:

Voy á hablaros del origen é importancia de la escritura; pero antes diré algunas palabras sobre la importancia del lenguaje, sin el cual la escritura nunca hubiera podido existir.

El hombre, el rey de la creación, ese sér privilegiado se distingue de las demás especies de animales, por el destello divino llamado razón. Pero ¿de qué le serviría pensar, sentir, etc., si no pudiera expresar sus pensamientos, sentimientos y sensaciones por medio de la palabra?

¿Qué sería de él si no pudiera comunicar á los demás sus ideas? ¿Sería posible que se encontrara hoy gozando de las comodidades que le rodean, que hubiera reunido el caudal de conocimientos que posee, y que se hubieran inculcado en su corazón los preceptos de la más sana moral, todo lo cual constituye el ideal que procura alcanzar el hombre civilizado? ¿Se hubieran llevado á cabo esas empresas que embargan y enajenan nuestra mente? ¿Habría podido Colón, por ejemplo, concibiendo la idea de que caminando al Occidente llegaría á tocar tierra firme, habría podido, digo, descubrir un Nuevo Mundo? No, y mil veces no.

Sin el lenguaje, el hombre viviría en cavernas, como viven

los animales irracionales, se encontraría sumido en la mayor ignorancia, su existencia no tendría variante alguna desde su nacimiento hasta su muerte, y no dejaría huella ninguna de su paso sobre la tierra.

No habría historia, no se darían á conocer los hechos de esos grandes genios que hoy nos admiran y entusiasman.

Sin embargo, si la transmisión de los hechos y conocimientos se hiciera tan sólo por la palabra, al pasar éstos de generación á generación sufrirían cambios á veces radicales y nocivos. De aquí nacen las leyendas fabulosas que se encuentran á cada paso en los tiempos llamados prehistóricos.

Sucedería como en el conocido juego en que reunidas varias personas se comunican entre sí, en secreto, un pensamiento cualquiera escrito previamente, y que comparado con el emitido por la última persona, se ve que son enteramente distintos. Y si esto pasa cuando las personas son pocas y el tiempo que media entre una y otra relación es corto, figuraos lo que sucedería siendo mayor el número de personas y el tiempo transcurrido.

Mirando y palpando, por decirlo así, los inconvenientes que en este caso tenía el lenguaje oral, el hombre trató de encontrar un medio que perpetuase sus pensamientos sin cambio ninguno, y trató de establecer la escritura, que no es otra cosa que la representación de nuestras ideas por medio de signos, que grabados, pintados ó esculpidos de cualquiera manera, les dan fijeza y duración.

La escritura no fué invención de hombre ni pueblo determinado, puesto que vemos que aun en los pueblos más atrasados se han encontrado rudimentos de ella. Así, nada se puede decir respecto á su origen; sin embargo, por conjetura, y sin fijarse en tal ó cual pueblo, sino comparando las diversas escrituras conocidas, se puede hacer algo de luz en este caos de tinieblas. Para esto dividiremos la escritura en ideográfica y fonética. Ideográfica es aquella en que se representan las ideas, y fonética aquella en que son representados los sonidos.

Parece que lo primero que á la mente del hombre ocurrió fué representar sus ideas y pensamientos por objetos materiales, y las personas que en los acontecimientos tomaban parte en la actitud necesaria para verificarlos. Esta escritura recibió el nombre de representativa directa. Pero como hay cuerpos que como el aire, el agua y otros no tienen forma propia ni determinada, y sucesos y cualidades que no se prestan á ser representados de esta manera, resultó que esta escritura era insuficiente.

Se cree que á esta escritura siguió la simbólica, en la cual los objetos no despertaban las ideas de los cuerpos ó seres en sí mismos, sino las de otros con los que tenían alguna ó algunas relaciones. Para representar, por ejemplo, por medio de esta escritura la fidelidad, se pintaba un perro, para la fuerza un león, y para la ligereza una liebre; pero como las figuras podían tomarse también en sentido recto, había perplejidad y confusión.

Según se dice esta fué la escritura que los españoles encontraron en nuestra querida patria. En apoyo de esta aserción se cita el hecho de haber representado la venida de los europeos por unos cisnes blancos vomitando fuego; los cisnes, por ser aves acuáticas, representaban su venida por mar, su color blanco el de los españoles, y el fuego el efecto de la artillería.

Otra especie de escritura fué la jeroglífica de los egipcios, que se considera como un paso entre la ideográfica y la fonética. En efecto, sus signos eran todavía objetos materiales, pero representaban ya sonidos, que regularmente eran los iniciales de los nombres de los objetos pintados.

Para figurar con esta escritura el sonido *a*, ponían una águila que en egipcio se dice *ahom*, y para los sonidos *l* y *t*, hacían uso de un león y una mano respectivamente, cuyos nombres en egipcio son *labo* y *tot*. Con esta escritura se podían representar mayor número de ideas; pero para esto era necesario emplear multitud de signos que la hacían dilatada y cansada.

Los habitantes del territorio conquistado por los españoles poseían, como hemos dicho, la escritura simbólica y además la jeroglífica. En apoyo de esto se podrían citar muchos ejemplos y entre otros los nombres de los reyes de los cuales tomaremos el de Cuauhtemoc, de ese valiente y digno hijo de este suelo. En el idioma mexicano Cuauhtemoc quiere decir: *águila que cayó*, y se forma de dos voces *cuauhtli* (águila), que pierde la segunda sílaba al entrar en composición y *temoc* (cayó). Pues bien, ese nombre se representaba de dos maneras: una que pudiera considerarse como representativa directa, poniendo un águila en el acto de descender, y otra como jeroglífica. Para representarla de esta manera se pintaba una cabeza de águila que daba el sonido *cuauh* y una huella de pie con la punta hacia abajo que daba el sonido *temoc*. La huella de pie era el signo simbólico de la marcha; pero en combinación con otros signos podía representar diversos sonidos.

Adelantando un paso más, encontramos la escritura silábica, enteramente fonética, porque sus signos representan los sonidos de las diversas partes de que se componen las palabras. Pero siendo las sílabas que pueden formarse en cada lengua muy numerosas, y teniendo cada una su signo especial, era muy difícil, si no imposible, retener en la memoria tanto signo con su propio valor.

Caminando hacia la perfección, se llega á la escritura alfabética, que es la más sencilla, la más precisa, la más útil y la más interesante. En efecto, sus signos representan los sonidos primitivos que se pueden producir al emitir la voz, y por consiguiente se pueden combinar en el mismo orden en que se combinan dichos sonidos, para representar todas las palabras de cualquiera lengua, y todos los pensamientos que con ellas se expresan.

Las principales escrituras alfabéticas son: la maghada y la devanagari de los pueblos asiáticos. La primera consta de cinco vocales ó signos que representan simples emisiones de la voz y treinta y una consonantes, articulaciones que suenan con

las vocales. La devanagari tiene treinta y una consonantes como la anterior, y quince vocales y diptongos.

También se encuentran en los pueblos asiáticos, aunque algunos opinan que se derivan de la escritura jeroglífica de los egipcios, la escritura hebrea, la palmiriana, la siriaca y la fenicia, esta última es notable por derivarse de ella el griego y el latín, fuentes de las escrituras europeas.

Réstanos ahora decir algunas palabras sobre los medios de que el hombre se ha valido para fijar tan diferentes caracteres.

Las primeras inscripciones fueron hechas con instrumentos cortantes en los monumentos, en los muros de los templos, en las rocas y aun en los utensilios de uso común; por consiguiente, no podían ser sino muy cortas y contadas.

Más tarde se hizo uso de las hojas de palmera y del líber ó libro de los árboles, segunda corteza del tronco, compuesta de capas de haces fibrovasculares bastante resistentes, dispuestas regularmente unas sobre otras.

Igualmente se usaba el papiro, substancia extraída de una caña así llamada y oriunda de Egipto.

Curtiendo las pieles de oveja se obtuvo lo que se llamó pergamino, por ser en la ciudad de Pérgamo donde se perfeccionó su uso. En todas estas materias se fijaban los caracteres con ayuda de un canuto de caña ó de cualquiera otra cosa capaz de contener las tintas colorantes; después vinieron las plumas de ave y en nuestros días tenemos las de acero.

Otras veces se usaban tablitas cubiertas con una ligera capa de cera, en las que los caracteres se fijaban con una barrita de acero terminada en punta por uno de sus extremos, y por el otro en una planchita que servía para extender la cera en el lugar en que algo se hubiera grabado mal con el primero. Este instrumento tomó el nombre de estilo, palabra que después se ha aplicado á la manera de expresarse de cada escritor.

Quando no bastaba un pergamino para terminar un escrito, se empleaban los necesarios, uniendo cada uno á la extremidad inferior del anterior, y en seguida se enrollaban y prendían

con un botón. Estos rollos tomaron el nombre de volúmenes, que dispuestos de esta manera no permitían que se escribiese en ellos más que por un solo lado.

Para obviar este inconveniente, Julio César, Emperador de los romanos en el siglo I de la Era cristiana, ideó escribir por los dos lados de los pergaminos, que entonces tomaron el nombre de hojas, colocándolos unos sobre otros, como están dispuestas las capas de hacecillos en el liber. Por esta razón, la palabra libro pasó después á designar los volúmenes.

Los del Nuevo Continente se servían de telas de algodón, pita ó de pieles, á las cuales unas veces les dejaban su forma natural y otras las cortaban en tiras que unían unas á otras. Los contornos de las figuras se fijaban con un instrumento parecido al estilo de los europeos, llenándolos en seguida con un pincel.

Una vez hechos los escritos los enrollaban, como los europeos, ó los colocaban entre dos tablas, dispuestos en pliegues dirigidos alternativamente, unos hacia arriba, y otros hacia abajo. Esta última forma se parecía mucho á la de nuestros libros modernos.

A fin de que lo escrito por los grandes filósofos ó literatos de la antigüedad se conociese, y no se perdiese en la noche insondable de los tiempos sin dar el fruto que se proponían los que escribían, se comenzaron á hacer copias por los esclavos ó por personas dedicadas á ello por lucro. Cuando se establecieron las órdenes religiosas, muchos monjes se dedicaron con grande empeño á copiar las obras escritas por los antiguos sabios, y á ellos se debió principalmente la conservación de esas obras, que influyeron después poderosamente en el conocimiento de la civilización griega y romana, sin cuya base habría quedado lamentablemente interrumpido el progreso que sigue la humanidad y á que constantemente aspira.

Entre los antiguos se tenía un especial cuidado en la conservación y circulación de las obras clásicas.

En una de estas obras se empleaba mucho tiempo, trabajo

y material para escribir, lo que hacía muy subido su precio. Este comenzó á disminuir con la introducción de los extractos, al mismo tiempo que decayó el entusiasmo con que se buscaban las grandes obras.

Habiendo invadido los árabes al Egipto, se interrumpió toda comunicación entre el pueblo egipcio y los europeos, escaseando por tanto el papiro y encareciendo el pergamino.

En esta época se borraron muchas de las obras antiguas á fin de proveerse de material para escribir. Esto había ido disminuyendo las obras clásicas y antiguas, y con la irrupción de los bárbaros en el siglo V casi se acabó todo lo que de ellas se tenía.

Para poder escribir en menos tiempo, se introdujeron unas abreviaturas de las letras á las que se dió el nombre de letras minúsculas, para distinguirlas de las anteriores que se llamaron mayúsculas.

Las llamadas notas fueron también unas abreviaturas hechas con el fin de escribir un discurso en el mismo tiempo en que se recitaba. Las notas fueron de gran utilidad en los parlamentos; pero á pesar de esto, su uso no se hizo extensivo á causa de ser un arte muy difícil. Las personas que empleaban el sistema de las notas se llamaron notarios. Esta palabra se aplica hoy á los que se dedican á lo que interesa á la fe pública.

Estas notas ó signos convencionales ejecutados actualmente con rapidez, por personas inteligentes y prácticas, constituyen el arte de la taquigrafía, que tan útiles servicios presta á las crónicas y descripciones parlamentarias, permitiendo seguir á un orador en su discurso, con la misma prontitud con que lo emite.

Contribuyó á la disminución del precio de los libros la aplicación que se hizo del papel fabricado con algodón, lino y trapos viejos á la copia de los manuscritos, y empleado ya desde el siglo XI en los documentos, cartas, etc. Sin embargo, todavía quedaban en pie dos factores importantísimos, el tiempo y el trabajo.

Para disminuir tanto uno como otro, se comenzó á aplicar en el siglo XV para la reproducción de los libros, el sistema de la estereotipía, que se usaba ya para las estampas, naipes y otras cosas.

La estereotipía consiste en colocar encima de una materia blanda, que al principio fué madera y luego plomo, el papel todavía fresco, levantarlo en seguida, y ahuecar las partes libres de tinta. De este modo se obtiene un molde llamado estereotipa, que puede suministrar cuantos ejemplares se quieran, con sólo mojarlo con tinta y extender sobre él un papel por medio de un cepillo. Pero todavía había que hacer un manuscrito, y además los moldes no servían más que para una sola obra.

Lorenzo Coster de Harlem, hizo de cada letra un tipo móvil y aislado, que combinado con los demás de muy diversas maneras podía servir para cualquiera obra con sólo cambiar su colocación. Estos tipos eran de madera y se sujetaban por medio de hilos, lo que daba por resultado, que al entrar en prensa, se rompían ó simplemente se desviaban, quedando así el trabajo muy imperfecto.

Guttemberg, honrado y habilísimo alemán, asociado con Faust y Schöffer acabó de perfeccionar el sistema de imprenta iniciado por Lorenzo Coster, haciendo los moldes de las letras con una liga de cuatro partes de plomo y una de antimonio. Esta liga tenía las cualidades indispensables para que los moldes quedasen perfectos, y para que pudiesen resistir la acción de la prensa, esto es, fusibilidad y dureza. Además, estos moldes se colocan en marcos de hierro, para evitar toda desviación.

Con la imprenta, los libros tomaron una circulación inmensa, se dió libre curso á los pensamientos, detenidos hasta entonces por la falta absoluta de medios para darlos á conocer.

Con los manuscritos, las bibliotecas más famosas apenas llegaban á poseer mil volúmenes que leían poco más ó menos cien personas.

¡Qué diferencia, señores, entre aquellas raquílicas bibliotecas

y las que hoy se encuentran en el Antiguo y Nuevo Continente! Entráis en una de estas bibliotecas y vuestra vista contempla estantes llenos completamente de libros lujosamente encuadernados, que bajo un volumen pequeñísimo pueden encerrar un mundo de ideas.

¿A quién se debe esto, sino al inmortal Guttemberg, por quien se acabó de iniciar, á fines del siglo XV, un cambio radical en materia de artes y ciencias.

Así, pues, Juan Guttemberg vivirá siempre en los corazones amantes del progreso é ilustración.

Termino esta mal formada disertación suplicando al inteligente auditorio, que ha tenido la benevolencia de escucharme, se sirva disimular las faltas de que debe adolecer este mi primer trabajo.

Si el asunto que me fué encomendado lo hubiera sido á una inteligencia superior, segura estoy que habría sido motivo de brillantes y satisfactorios resultados; pero ya que mis aptitudes no me ayudan, me consuela la esperanza de que concederéis á mis esfuerzos, vuestra indulgencia.

ELISA NAVARRO Y PEÑA.